

MEDICINA BIOLÓGICA, CUERPO INFANTIL Y MASIFICACIÓN

Aida Sotelo¹

Resumen

Este artículo presenta los discursos y prácticas que configuran la relación del niño y la niña con su cuerpo. Se desarrolla articulando sus planteamientos en torno a tres elementos: el discurso de la medicina actual como saber autorizado sobre el cuerpo; el cuerpo del niño y la niña; y el problema de la masificación por vía de la búsqueda de satisfacción individual. Los niños y las niñas se encuentran en el centro de los discursos modernos y sus prácticas profilácticas: la higiene, la urbanidad, la salud, la educación.

Palabras Claves

Cuerpo infantil, corporalidad, medicina biológica.

Abstract

This paper presents the speeches and practices that constitute the relation of the boy and the girl with their body form. It is developed articulating his expositions around three elements: the speech of present medicine as an authorized knowledge of the body; the body of the boy and the girl; and the problem of masificación due to the search of individual satisfaction. The boys and the girls in center are in the core of modern speeches and their prophylactic practices: hygiene, politeness, health, education.

Keywords

Infantile body, corporalidad, biological medicine.

Recibido el 30 de junio de 2010, aprobado el 26 de agosto de 2010

Un prejuicio contemporáneo consiste en creer que la medicina detenta el discurso más autorizado sobre el cuerpo. Comencemos por decir que ella misma no se reconoce como discurso sino como ciencia y, a pesar de ello la práctica médica se inicia en una relación de palabra, la relación clínica. Es decir, se inicia en el cuestionamiento que hace el paciente al estado de su propio cuerpo inscribiendo una demanda que dirige al médico.

Pero hay una disimetría entre esa interrogación y la respuesta que la medicina moderna extrae del conocimiento de la máquina orgánica. Como explica Michel Foucault, la mirada médica se dirige a ubicar la lesión en un engranaje, tal como dicta la concepción anatómico-patológica de las enfermedades. Sin embargo, el llamado "ojo clínico" en realidad no es correlato de la mirada, sino de la superación de una disimetría, que aclara el equívoco constituyente de la relación médico-paciente. Es decir, el buen clínico, más que ojo, posee una oreja que sabe escuchar y discriminar

1. Aida Sotelo. Médica de la Universidad Nacional de Colombia, Especialista en Ética de UNIMINUTO y Diplomada en Altos Estudios en Psicoanálisis de la Universidad Paris VIII. Profesora de la Universidad Pedagógica Nacional y miembro del grupo de investigación Ciudadanía, Paz y Desarrollo.



entre lo que el paciente dice que concierne a las afecciones orgánicas y que pertenece al ámbito del "dolor de existir" que infringe al sujeto el malestar cultural.

En la práctica pediátrica, quien cuestiona el cuerpo del niño es su cuidador: su madre, su profesor, su tutor, etc. Este elemento caracteriza las relaciones del niño con su cuerpo. Son los otros quienes hablan de él y demandan por él ante el discurso más autorizado. Hay que destacar el creciente interés que ese discurso manifiesta por el cuerpo de los niños y el poder atribuido a la medicina para hacer que el cuerpo de los mayores aparente ser un cuerpo de niño o un cuerpo joven. Más allá de los fenómenos biológicos, hay un fenómeno de discurso en la práctica médica que difundido en forma masiva constituye un ideal de época.

La masificación y el cuerpo también son tratados por Hanna Arendt cuando explica las diferencias entre régimen autoritario y totalitario. Dice ella que si bien en el régimen autoritario el tirano ejerce un poder que puede forzar los cuerpos de los miembros de la población tiranizada, en el régimen totalitario el ejercicio del poder se basa en la masificación de los sujetos, más que en la brutalidad del sometimiento. Los sujetos son reducidos al estado de masa, mediante el aislamiento y métodos que los persuadan a entregarse a la búsqueda de sus satisfacciones individuales. Dicho de otro modo, en el régimen totalitario, los sujetos se hacen cómplices de una homogenización que anula la diferencia y estimula el racismo a cambio de primas de goce.

Pero, ¿qué papel juega el cuerpo del niño como ideal de la masa?

Trataré de abordar la pregunta articulando tres elementos:

El discurso de la medicina actual como saber autorizado sobre el cuerpo,

El cuerpo del niño

El problema de la masificación por vía de la búsqueda de satisfacción individual.

1. La medicina biológica

El afán propio de la medicina es definir la enfermedad y encontrar unas bases firmes para la curación. El discurso moderno logró limitar a un espacio específico las causas de la enfermedad cuando desembocó en el concepto de "lesión". Marie François Xavier Bichat dio los primeros pasos en la vía del concepto al plantear la estructura tisular como base de la constitución orgánica y, tras encontrar esa respuesta, el nuevo paradigma médico se basó enteramente en los avances de la biología. Desde entonces, el organismo se considera "animado" como los autómatas y la disciplina se liberó del problema de definir la vida. El paradigma biológico se autoriza a dictar orientaciones sobre lo que hace bien o mal a la vida de los hombres y, tomado como producto científico, este dictamen implica una organización sin falla.

Sin embargo, cuando Bichat dice: "suprimid ciertos géneros de fiebres y afecciones nerviosas y casi todo entonces es del dominio de la anatomía patológica", el "casi" de la proposición señala una falta del paradigma biológico; un cierto sector de entidades, fiebres y afecciones nerviosas hacen objeción seria a ese modelo.

El mismo Bichat deja abierto un interrogante sobre su proposición, una brecha vitalista: la nueva concepción biológica no puede develar el fenómeno de la vida como tal. No existe una concepción científica de la vida, sino sólo de los procesos orgánicos.

El fundamento del vitalismo es considerar la originalidad de la vida; dicho en otros términos, es su carácter tan real como ignoto. La mejor aproximación sigue siendo de Bichat: "la vida es el conjunto de fuerzas que resisten a la muerte".

La misma clínica médica constata que existen enfermedades que niegan la etiología biológica, aún agotando todos los recursos de exploración físico-química y anatomo-patológica. Así, las entidades nerviosas, hoy llamadas "enfermedades mentales" marcan un límite, la falta de lesión, e introducen otro orden del padecimiento que se plantea como vacío, puro cuestionamiento del cuerpo por parte del paciente. Sin duda, se ubica allí el "stress", la depresión, etc.



Ahora bien, cuando Freud estudia la etiología de las neurosis abre la brecha dejada por Bichat, que escapa a la ciencia y ubica los padecimientos humanos en la relación clínica como efecto de otros determinantes, demostrables pero no biológicos. El descubrimiento freudiano devela la economía del proceso y ubica el equívoco entre el conocimiento del organismo y el padecimiento del cuerpo dicho por el paciente; es decir, distingue el sufrimiento de un sujeto y los avatares biológicos de su organismo. La medicina biológica no puede comprenderlo porque ello excede su campo.

Bajo el equívoco de la ciencia, la vida se reduce a ser una fuente autónoma de energía que anima la máquina, la hace autómatas. La anatomía patológica opera un fraccionamiento imaginario de la muerte, que ahora puede ser parcial: muerte de un tejido, muerte de un órgano incluso, que no es idéntica a la muerte del organismo en su totalidad. Este hallazgo cristaliza la ilusión de asimilar el organismo animal a la máquina como ensamblaje de partes.

Si, en la Grecia Antigua, Aristóteles justificaba la utilización de la fuerza de trabajo de los esclavos definiéndolos como máquinas animadas al servicio de los ciudadanos, el mecanicismo moderno retoma esa idea del cuerpo máquina para la conveniencia de un tipo específico de economía. Es por ello que George Canguilhem dice que la teoría del animal-máquina de Descartes es completamente solidaria de las normas de la economía del capitalismo naciente, en tanto que la negación del alma a los animales, por carecer éstos de pensamiento y de lenguaje, está dada desde el cogito "Pienso, luego soy". Eso implica que el sujeto piensa y dice, se dice pensar. Excluidos de esta categoría aparecen también los niños, en tanto infans; privados de palabra. Dicha negación del alma no niega ni la sensibilidad, ni la vida de los animales, pero justifica su utilización como instrumento e indulta al hombre por comerlos, matarlos y servirse de su cuerpo con fines económicos. La mecanización de la vida es inseparable del uso técnico de la fuerza animal.

La sustitución de organismo por mecanismo también hace desaparecer la teleología de la vida. La máquina tiene más finalidad que el

organismo, pero por eso mismo una máquina no puede reemplazar a otra o dar origen a una de sus partes. Como dice Kant en su Crítica del juicio teleológico: "en la máquina, cada parte existe para la otra, pero no por la otra". La equivalencia máquina-organismo desfallece al constatar que para la construcción de una máquina, para su conservación, su reparación o su regulación, se requiere del mecánico. Por su parte, el organismo posee una propiedad exclusiva de los seres vivos: la vicariancia, que permite a unos órganos asumir las funciones que otros han perdido, como lo demuestra la curación espontánea de afasias en niños que han sufrido una lesión cerebral. Unas áreas orgánicas asumen funciones para las cuales no estaban destinadas en forma originaria, demostrando así menos finalidad pero más potencialidades y tolerancia hacia las monstruosidades.

2. De lo normal y lo patológico a la imaginización de la medicina

La medicina moderna insiste en asimilar el organismo a la máquina, minimiza los efectos de fragmentación corporal que la técnica promueve y niega la propiedad del viviente por la cual una parte existe por otra. Sin embargo, la originalidad de la vida permite hacer distinción entre cuerpo y organismo e insistir en el abismo que separa al organismo vivo de la máquina.

Los análisis de George Canguilhem demuestran cómo los dos puntales que acicatean el saber médico, la enfermedad y la normalidad, no tienen categoría científica, sino categoría de valor. Tienen, para decirlo de manera más precisa, "valor vital" y no biológico, pues una misma condición biológica puede ser patológica o normal según el momento histórico o las circunstancias de quien la porta. Así, los valores normal o patológico cambian con la historia. Más allá de la normal estadística que señala lo más frecuente, en el campo de los seres vivos lo normal se define como la posibilidad de ser normativo, es decir, la posibilidad de no seguir una norma, sino de darse la norma a sí mismo en las condiciones específicas de existencia. Por otro lado, lo patológico estaría definido por la pérdida de esa capacidad normativa.



Hoy, por ejemplo, existe “tratamiento” para edades y cambios fisiológicos normales, como la medicación hormonal del climaterio femenino, cuyo resultado es que las mujeres maduras se transforman en pacientes vitalicias que creen garantizada su liberación de los cambios propios de la edad madura. Una promesa de “juventud eterna” en suma, frente a la cual vale la pena interrogar qué peso tiene en la terapéutica su solidaridad de intereses con la economía del consumo farmacéutico.

Pero más allá de esos intereses económicos, el oficio de médico podría encontrar una coherencia en su vocación clínica al aclarar sus lazos con la biología, pues el objeto médico no es idéntico al de la ciencia, aunque lícitamente se sirva de varias de sus ramas (biología, química, física, etc.). Sin reconsiderar la relación clínica como su objeto, el sentido común del paciente como “cliente” llega a pesar más que el saber del galeno. Lo cierto es que la medicina biológica ignora que los efectos de la palabra no causan lesión en el cuerpo aunque le infrinjan sufrimiento. Paradójicamente, los actuales protocolos incorporan medicación en ausencia de lesiones, ya que obedecen a otro discurso: el del mercado.

3. Los médicos y la “Fuente de Vida”

La reducción de la vida a una simple fuente de energía implica la tentativa de acumularla y ciertas desviaciones, como la que pongo de presente. El término fuentes de vida, es la traducción de la expresión alemana Lebensborn, con la que se denominó a las Maternidades creadas por el Reichsführer SS Wilhelm Himmler a partir de la Orden Negra, creada en 1929, antes de que el partido nazi tomara el poder en Alemania.

Las Lebensborn nos dan un ejemplo valorativo de lo que constituye lo normal o lo patológico en un momento histórico y un lugar específicos. En el seno de estas instituciones, médicos altamente especializados en el conocimiento de las razas supervisaban lo que debía ser admitido, privilegiado y producido (!) como el germano auténtico: “Rubio, fornido, dolicocefalo, de rostro estrecho, mentón bien dibujado, nariz delgada,

muy alto, pelo claro, no rizado, ojos claros, hundidos, piel blanca y sonrosada” (Hillel, 1975, pp. 20 - 30).

Lo que en 1871 iniciara Rudolf Virchow,, como un estudio estadístico sobre el color de los ojos y el cabello hecha en más de 10’000.000 de niños, para determinar el origen nórdico de los alemanes, condujo en 1931 a la elaboración del Cuadro Oficial de los Valores Raciales y del Código de Matrimonio de 1932, que disponía los criterios de selección para obtener los permisos para casarse y tener hijos y, en 1935, a la promulgación de las Leyes de Nüremberg, establecidas para proteger la sangre germana, según la cual se prohibía casarse con judíos y se privaba a éstos de sus derechos cívicos, mientras se esperaba la llamada “solución final” dada en los campos de concentración.

Este ejemplo, igual que el robo de niños durante la dictadura de los años setenta en Argentina, me permiten ligar, de un lado, la evidencia de la concepción mecánica del cuerpo y su consecuencia económica en lo social y, de otro lado, la función del cuerpo de los niños como elemento clave en una forma particular de producción, de “crianza humana”, tomada a cargo por médicos y por Wilhelm Himmler, quien fue, en los inicios de su vida, un criador de pollos.

En las Lebensborn, se evidencia que manipular la “nuda vida” implica ya una trasgresión, en tanto que los seres vivos pueden darse la norma a sí mismos y la vida no tiene una finalidad como tal, mientras que la máquina es aquello que tiene una finalidad determinada por su constructor. Darle una finalidad a los organismos, animales o humanos, como se colige de los postulados del discurso científico moderno, es cumplir el imperativo cartesiano de “hacernos dueños y poseedores de la naturaleza”, erigirnos en creadores de lo vivo y robarle su posibilidad de darse a sí mismo la norma, cambiándola por un ideal impuesto desde la zootecnia.

4. La vida no tiene finalidad sino potencialidades y tolera las monstruosidades: La alteridad

En su libro sobre el conocimiento de la vida, Canguilhem nos dice:



La existencia de los monstruos cuestiona el poder de la vida para mostrarnos el orden [...] Sólo en tanto hombres, somos vivientes para los que un fallo morfológico es un monstruo a nuestros ojos. [...] El monstruo sería solamente otro que él mismo, otro orden que el orden más probable. Es preciso reservar solamente a los seres orgánicos, la calificación de monstruos. No hay monstruo mineral. No hay monstruo mecánico (Canguilhem, 1976, pp. 201 y ss).

Sólo lo que comporta una ley interna puede advenir a la monstruosidad, como efecto del monstruo, del viviente, porque él es capaz de alteridad. De hecho, las interpretaciones que se hacen de lo monstruoso tocan siempre a la hibridación, al desorden provocado por la mezcla con lo desemejante, imaginariamente caótico. "El complemento necesario de un monstruo es el cerebro de un niño" dijo alguna vez Paul Valéry, en una época en que el poder de la razón naturaliza los monstruos, de la misma manera que había hecho con la locura. El siglo XVIII encierra al loco en el asilo, al niño en la escuela o el hospicio y al monstruo en el laboratorio del embriólogo, de forma que la alteridad es puesta en orden, mediante las iniciales operaciones de clasificación, encierro y empaquetamiento de los sujetos, hoy tan perfeccionadas y cotidianas. Es la exclusión que opera en el discurso de la ciencia, en aras de curar las monstruosidades es racismo, tal como lo anunciara Goya: "El sueño de la razón produce monstruos".

5. Mestizaje y profilaxis

Pero el niño está en un proceso constituyente; tal vez por esto pueda localizarse mejor esa relación con la profilaxis y lo monstruoso, que le dan un lugar especial en el discurso moderno sobre el cuerpo.

En su análisis sobre la constitución del Yo, Freud establece que bajo el principio del placer se diferencian dos instancias: una placiente, que el sujeto infantil admite como propia y que asimila como su Yo; y otra displaciente, a la cual considera extraña y que expulsa de sí, como un No-yo, lo otro, independientemente de que el malestar provenga de sí, de su propio cuerpo. La experiencia comprueba cómo esta

parte segregada de sí, este punto de odio, es fundamento de todas las segregaciones ulteriores y constituye el espacio de la represión en el neurótico. La clínica freudiana observa que es esto lo que, rechazado del campo simbólico, retorna y produce sufrimiento en el sujeto. Esta estructuración constituye desde el inicio un sector de exclusión en su interior mismo; un punto de rechazo, punto que el yo repudia como extranjero a pesar de que le pertenece. Desde esta parte de la estructura se establecen relaciones de exclusión con todo aquello que venga a evocar ese punto de rechazo fundamental, lo radicalmente Otro para el sujeto, que paradójicamente es lo más íntimo en él y que pugna por ser reconocido en las manifestaciones sintomáticas.

El sufrimiento que el sujeto experimenta con sus síntomas no es pues, otra cosa que el rechazo que hace de lo monstruoso que lo habita; sufre el racismo ejercido contra su propia hibridación y mestizaje, porque en razón de la constitución del yo, el sujeto no puede ser sino mestizo.

Ahora bien, en lo social, el racismo es manifestación del punto de odio en mención, en tanto que lo segregado detenta el objeto a excluir. Pero en el discurso moderno surge otro elemento que proviene del furor sanandi; la profilaxis, el deseo de erradicar y prevenir los defectos y las monstruosidades. La historia de las infecciones cambia radicalmente a partir de la invención de las vacunas y, una vez aparece esta posibilidad de prevención del mal, la ideología de la profilaxis inunda todo el campo de la salud, planteando como ideal el cubrimiento total de los sujetos, sometidos a procedimientos de evitación anticipada.

La esperanza de transformación social por el moldeamiento científico y precoz de los hombres pone al niño en el centro de los discursos modernos: la higiene, la urbanidad, la salud, la educación. Excluir en la infancia lo indeseable es profilaxis, en tanto los "niños son como cassettes vírgenes en los que pueden grabarse diferentes cosas", como lo dijera la nieta de una de las abuelas de la Plaza de Mayo.

La política de las medidas profilácticas es hacer un control apretado con colaboración del



controlado; él tiene la tarea de hacerse controlar por su bien. Es el discurso de la pedagogía moderna al servicio de un ideal de cuerpo. La optimización del fenotipo y las funciones ha multiplicado las quejas y la mortificación; se sufre hoy por la estatura, el peso, la apariencia de la piel o el tamaño de diversas partes del cuerpo. Contradiciendo el paradigma de la lesión, los ideales medicalizados pretenden que los fármacos y el adiestramiento solucionen todo sufrimiento.

De otro lado, la primacía de la mirada plantea al cuerpo como mera imagen, ícono cuya perfección o adaptación a un modelo especular exige el sacrificio de la libra de carne que extirparía el trozo "no gozante", en la ilusión de que el cuerpo moldeado por el bisturí estaría (ese sí) destinado todo al goce. Así, la segregación y el racismo son mecanismos de exclusión de lo que cuestiona el ideal. Los gordos, los bajitos, los morenos, los que tienen manchas en la piel, los fracasados en la escuela son entonces objeto de esa segregación y, más exactamente, de una auto-segregación motivada en la intención de satisfacer al ideal que plantea la homogenización para vender mejor la nueva mercancía: el cuerpo. Y en la producción de cuerpos, la imaginización del oficio médico sirve al mercado como instancia de control de calidad e instrumento de la segregación.

6. El niño está en proceso de adquirir un cuerpo propio

Si el niño es un sujeto completo, más que categorías etáreas, biológicas o jurídicas, lo que lo diferencia del adulto es su relación con el cuerpo.

Todo nacimiento implica un cuerpo viviente en blanco. Pero la simbólica del colectivo, su discurso, le será pronto transmitido mediante una marca que compromete y toma captura de su cuerpo, ya sea en los ritos de iniciación de las comunidades tradicionales, con la palmada del obstetra, o en el sondeo nasal con un aspirador. Esas experiencias del rito obstétrico, por ejemplo, hacen unidad con la teoría que las motiva, es decir, con los imperativos de "hacer vivir" del colectivo occidental, como correlato de su biopoder; desde allí, el organismo en blanco pasa a ser un cuerpo marcado, perteneciente a

una cultura y colectivo específico, que lo acoge en calidad de miembro.

Vemos entonces cómo el lenguaje nos atribuye un cuerpo. El sujeto inicialmente no contado, en estadio de (-1) frente al grupo, entra en la cuenta desde el momento de la marca que le imprime el rito. Pero si bien su cuerpo se positiviza y empieza a ser uno más para el colectivo, esta membresía no garantiza más que la reproducción de ese discurso del Otro, la captura por el lenguaje, en la cual el cuerpo cuenta como miembro, como soldado, como fiel, como elemento perteneciente al colectivo. Dicho de otra manera, el cuerpo empieza siendo cuerpo del Otro, para el Otro, sin ser aún un cuerpo del sujeto.

Ese proceso de transmisión se libra en la infancia y es uno de los universales que caracterizan esa etapa. El niño es un sujeto en tanto capturado por el lenguaje, pero la decisión que pesa sobre el cuerpo y sobre la significación de la pulsión está aún por resolverse en él. Y se resolverá en el momento en que el sujeto pueda descompletar lo transmitido por el colectivo, introducirle una discontinuidad, cuando pueda cuestionarlo. Es el momento en que el niño pueda ahuecar la letra que ya le ha sido impuesta, hacerle una operación de vaciado e interrogar lo que quiere decir. ¿Qué quiere el Otro de mí? Es el momento de la pregunta que sanciona la aparición de un sujeto capaz de apropiarse de su cuerpo, en tanto capaz de introducir cambios en la letra.

7. La posición infantil

Lacan dice que:

la esencia de la posición infantil es ignorar la muerte prefiriendo el juego, sin consentir aún un saber sobre su división y decidiendo en cambio dividir o atormentar al Otro, haciéndole soportar su falta de goce, su goce defectuoso, su vacío y haciéndolo responsable de ello.

Esta definición de la posición infantil pone en primer plano la relación del sujeto con su goce; contradice la concepción del niño como ángel inocente. Lacan no habla de una edad infantil, sino de una posición infantil, que requiere un Otro a quien suponer el poder y la responsabilidad. Por tanto, la posición infantil no sería privativa de los menores y más bien buena



parte de adultos la compartirían. El cuerpo de niño está empeñado aún.

El cuerpo del niño está empeñado; primero, en tanto empecinado en no renunciar a un tipo de goce, el de una imagen completa; y segundo, en tanto consignado en la cuenta de los ideales del discurso del Otro. Consignado a cuenta del goce del Otro, comprendemos que ese sujeto se ofrezca a ir a la guerra, prestarse como mula del narcotráfico, como sicario o aun como víctima, porque el sujeto goza al librarse al dolor sin responsabilidad, como un objeto abyecto.

Arriesgar la vida permanentemente supone ignorar la muerte, como testimonian algunos adolescentes ubicados en programas de reinserción cuando demandan ciertos privilegios y ponen condiciones de excepción social, so pena de retornar de nuevo a las armas. Su relación con el Otro social es de chantaje; dejan la responsabilidad de su propia muerte o de sus acciones al Otro. Esperan que sea ese Otro el que sufra y se esfuerce por colmarlos. Si mueren en combate, si su cuerpo sufre o infringe sufrimiento es asunto del Otro; su cuerpo no les pertenece, sigue siendo del Otro. La lógica del kamikaze testimonia de una identificación al objeto del goce del Otro. ¿No estarán en la misma línea la cirugía estética, las plastias, los estiramientos y la manipulación endocrinológica del organismo?

La amalgama de los discursos científico y capitalista pretende que todo es posible. Su consecuencia es el borramiento del deseo de devenir adulto a cambio de la imagen del niño feliz ganado por el consumo. ¿Quién querría crecer y envejecer para quedarse en la soledad de la responsabilidad adulta?

La situación actual muestra la necesidad de transmitir algo indispensable para la vida en convivencia. ¿Cuál puede ser el saber adulto sino que el goce es parcial siempre, que el goce tiene límites? De esta manera, lo que sería necesario transmitir es que "no-todo" es posible y no-todo posible debe ser. ¿Cómo transmitir al niño el deseo de ser grande, de devenir adulto? En suma, se trata de la necesidad de suplir los perdidos ritos de iniciación, en los cuales se inscribía en el cuerpo una simbólica que dice la prohibición del incesto, separación del voto del

dios oscuro, como condición sine qua non para pasar de la población a la vida en sociedad, un límite que opone la presencia de la ley simbólica a la confusión de los cuerpos mecánicos, a las marionetas.

8. La sexualidad infantil

Freud dice que el carácter ordenado, ahorrativo y obstinado indica componentes erótico anales en la constitución sexual de algunos de sus pacientes (es destacable el hecho de que esas mismas características sean tan sobresalientes en el discurso de eficacia de la modernidad). Cuando hablamos de goce pulsional en la neurosis estamos hablando de la pulsión como autoerótica en la sexualidad infantil, en relación con el goce oral, anal, etc. Ese goce pulsional se puede satisfacer con el objeto a, autoerótico, oral, anal, que es un goce desconectado del deseo y por ello es un goce ruinoso.

Una de las teorías sexuales infantiles que responde a la pregunta acerca del origen de los niños se funda en la experiencia que tiene el niño de las excitaciones producidas por el bolo fecal sobre las paredes del intestino y la observación de que ese material puede ser retenido o expulsado como producto del cuerpo. En su artículo de 1925, Freud demuestra las equivalencias que hace el niño, de acuerdo a una lógica de intercambio de su interés libidinal por la caca, el regalo, el dinero. En el caso de la niña, luego de percatarse ella de su carencia de pene, la serie se continúa y la introduce en el deseo de pene, del varón que lo porta, de un hijo.

Estas equivalencias permiten que el niño postule que él ha sido originariamente un producto del intestino de la madre. La evidencia de que las mujeres encintas tienen un niño en el abdomen y que éste vuelve a su volumen normal después del nacimiento, les reafirma en esa convicción que excluye la mediación del padre. El desconocimiento del deseo sexual entre los padres es útil a sus expectativas de satisfacción frente a la madre. En la niña, el erotismo anal rinde servicio al narcisismo mediante el desafío a la castración en el momento en que se da cuenta que está desprovista de pene.



9. Cuerpo de niña

Pero la adquisición de cuerpo se juega en la separación entre el niño y la madre, es decir, en el reconocimiento de ese dato, inicialmente desconocido para el niño; el padre hacia el cual se dirige el deseo de la madre.

La niña, al verse privada de pene, da un primer paso hacia el cambio de objeto sexual; se orienta hacia el padre como portador del atributo fálico. A pesar de éste giro, no hay cambio alguno frente al carácter fálico de la satisfacción que la niña persigue. Por tanto, no hay tampoco ningún vestigio de goce femenino como vía alternativa; se trata más bien de una vía mediatizada por otro que sí tenga el falo y se lo preste. La niña va a buscar ese falo en quien lo tiene, un varón, y posteriormente, los hijos que éste pueda prodigarle. Así, la realización de la maternidad no garantiza el cambio del goce hacia la feminidad, en tanto elude la castración del sujeto femenino.

Por ello, en la muchacha la maternidad no es aún realización del goce femenino, sino una reiteración de la vía fálica que impone al hijo la misión de reivindicar la carencia materna. Planteado esto podríamos preguntar cuál es la responsabilidad en la guerra que cabe imputar a la satisfacción fálica de las mujeres, si pensamos en los efectos que tiene en los hijos la posición infantil de la madre frente a su goce y a propósito del confort garantizado que su querella fálica tiene en la cultura contemporánea. Me refiero a la desexualizada demanda de tener hijos de la ciencia o de clonación, que ahorra tener que pasar por el otro y hace de la procreación una transacción comercial, una producción de cuerpos por encargo.

10. Economía y producción de cuerpos

Es bien conocido que la operación económica de Marx demuestra el origen del excedente que funda el capitalismo. Marx la sitúa así:

Precisamente en el hecho de elaborar el mundo objetivo es donde el hombre comienza pues a experimentarse en realidad como ser genérico. Esta producción es su vida genérica activa. Gracias a esta producción, la vida

aparece como su obra y su realidad. El objeto del trabajo es pues, la objetivación de la vida genérica del hombre: porque éste se duplica a sí mismo no sólo de una manera intelectual, cual es el caso de la consciencia, sino en forma activa, real, y se contempla por tanto, a sí mismo en el mundo que él ha creado. Por consiguiente, al arrancarle al hombre el objeto de su producción, el trabajo alienado le arranca a su vez su vida genérica, y transforma la ventaja que el hombre posee sobre el animal en la desventaja de que su cuerpo inorgánico —la naturaleza— le es robado (1990, p. 111). (subrayado añadido).

El robo es la operación que en el terreno del mercado permite generar la plusvalía en el terreno del mercado, porque da a los objetos de la producción el valor de objeto perdido, de objeto a recuperar. El objeto perdido, el objeto fálico, tiene se caracteriza por ser nulo en su valor de uso, mientras que conserva un máximo valor de cambio. Marx demuestra que un objeto que tiene esas características es el dinero y, más precisamente, el monto de plusvalía, en tanto dinero que cuantifica la parte de goce que el capitalista le roba al obrero de su vida, de su cuerpo.

El dinero no es el único que puede representar al objeto fálico; el valor fálico del niño aparece en la sustitución inconsciente dinero-heces-niño, concebida cuando el niño ignoraba la sexualidad de sus padres. Ya en el adulto, concebir al niño como objeto resto, desecho u objeto de intercambio es abyecto, pues elude su inscripción en el deseo sexual que lo humaniza. Es lo que ocurre bajo el actual régimen del biopoder científico, donde la producción de cuerpos rebasa la elaboración marxiana.

Tanto la germanización en las Lebensborn como la experiencia de las abuelas de la Plaza de Mayo en Argentina nos enseñan que con el robo de niños se juega algo más allá de la muerte de los disidentes. Los niños sirven para llevar al extremo un proceso de exterminio de la diferencia, para borrar desde el origen la transmisión del deseo de los padres a su descendencia y afirmar la ilusión de producción de una nueva raza humana; aspiraciones de clonación de la ciencia que ha desdibujado el objeto de la medicina como tal. La ciencia atenta



contra la sexualidad y los hijos del deseo con el argumento de eliminar las monstruosidades. Sin embargo, los monstruos representan otro orden diferente al más probable, introducen lo nuevo, son el puntal del proceso evolutivo del viviente y su exclusión sólo logra sustituirlos por los que produce la razón. El terror contemporáneo no surge de las monstruosidades, sino de los engendros de un dios tecnológico.

El totalitarismo, por su parte, depende de los sujetos cómplices. Esta complicidad se manifiesta en la participación del goce autista que prometen los objetos de consumo, en el aislamiento de los sujetos ajenos a proyectos colectivos, en la irrestricta aceptación del discurso amalgamado entre capitalismo y ciencia, donde el adulto conserva un cuerpo de niño. Así, esa lógica aparece en hechos como los ocurridos el pasado 11 de septiembre, cuando el kamikaze niega su muerte mientras mata y culpa al Otro. Unos cuantos niños poderosos juegan a la guerra con el apoyo de la masa cómplice que produce en silencio el capital necesario para el comercio de armas y la carne de cañón.

La infancia, como un tiempo para ver y tomar una posición de goce, debe tener una duración con límite. No son "progresos" lo que una generación debe transmitir para pacificar el narcisismo y hacer posible la convivencia, sino la certeza de que en algún punto una mujer y un hombre pueden aún aliarse para que sus hijos sepan que el incesto está prohibido y que la muerte existe. Nos concierne a todos ese límite, pues de ello depende la separación entre el hijo y el goce del Otro que captura su cuerpo. Todo niño tiene derecho a tener un síntoma, esto es, a un nivel de cuestionamiento y separación de los ideales del colectivo. Al mismo tiempo, como sujeto, tiene una responsabilidad sobre ese síntoma, es así que puede entenderse su posibilidad de adquirir un cuerpo propio.

Fuentes bibliográficas

Canguilhem, G. (1976) *El conocimiento de la vida*, Editorial Anagrama.

Hillel, M. (1975) *En nombre de la raza*, Barcelona: Editorial Noguer, S.A.

Marx, K. (1990) "El trabajo alienado". En *Manuscritos de 1844*, Bogotá: Ediciones Génesis.

